

Ética y ontología

Lizbeth Sagols

Es objetivo primordial de la ética contemporánea: ser autónoma, encontrar su fundamento en el hombre. Así Kant y las filosofías derivadas de él buscan el fundamento en la razón, mientras que para otros pensadores, como por ejemplo Schopenhauer, Nietzsche y Freud, la raíz última de la auténtica preferencia ética está en la irracionalidad: la pasión, la voluntad, el instinto y el inconsciente. *El ethos, destino del hombre* de Juliana González atiende a esta misma cuestión central manteniendo un diálogo crítico —implícito pero permanente— con los pensadores más significativos de la filosofía moral. En realidad, el libro que hoy presentamos deja atrás, a mi modo de ver, la alternativa entre racionalismo o irracionalismo, así como la alternativa entre universalismo y afán de objetividad pura por un lado, y relativismo y mera subjetividad, por el otro. A Juliana González le interesa fundar la ética en la condición humana considerada como un todo integral, le interesa fundar el valor en el *ser* mismo del hombre.

Bien es cierto que la posibilidad de una ética autónoma ha sido enfrentada, en gran medida, por Juliana González en libros anteriores como *El malestar en la moral* y *Ética y libertad*. En ambos nos ha dicho que la ética se funda en el *eros*: en nuestra condición libre y comunitaria, pues como bien nos enseñó Platón, el *eros* es a la vez principio de ascenso y de unión. Pero ahora, ella hace explícitos los supuestos de esta concepción y desarrolla una ontología de lo humano basada en la fenomenología dialéctica de Eduardo Nicol. Se trata de una ontología que trasciende los prejuicios del ser oculto e inmutable y que busca entender al hombre en su devenir y en su acción. Juliana González asume la tarea de pensar al hombre en su radicalidad y complejidad, en su condición espacio-temporal, en su carácter relativo y contradictorio, en su indeterminación originaria a la vez que en su afán de definición y “mejoría” o excelencia, en su creatividad, su capacidad para afirmar la vida, los vínculos comunitarios y la felicidad.

Esta perspectiva ontológica nos remite indefectiblemente al humanismo, a la afirmación de la dignidad: la *humanitas* del *homo humanus*. El humanismo coincide desde luego con el *eros* pero —por así decirlo—, posee una riqueza de significado mayor, pues es imposible hablar de él sin situarnos en los distintos momentos del devenir temporal, en la perspectiva histórica; él nos remite a Grecia, al Renacimiento, a la propia crisis del humanismo y a la apremiante duda de su posibilidad o imposibilidad actual; en síntesis, el humanismo nos obliga a dar razón de la unidad-diversidad de la historia.

Mención especial merece el penetrante análisis de Juliana González sobre el Renacimiento. En él ella encuentra las siguientes notas definitorias del humanismo: éste es efectivamente un re-nacer o reencontrar lo propiamente humano; es conciencia de la centralidad-móvil del hombre en tanto creador de sentido y explorador de conocimientos y dimensiones diversas; implica la alternativa axiológica entre descenso y ascenso, así como la convicción de que la *humanitas* reside en la *areté* o virtud. Y también es característica del humanismo, la comprensión simultánea de la igualdad ontológica entre los hombres y de la diferencia entre los pueblos, las épocas y los individuos, comprensión que trae consigo la tolerancia y el saber de “perspectiva”. Y, finalmente, el Renacimiento nos muestra que el hombre es terrenal, cuerpo y vida, el *homo* es *humus*, y como tal ha de ser vital y ha de estar en armonía con el todo.

Es entonces en el humanismo: donde la ética “puede encontrarse en el propio hombre —no en una condición externa, ni en una razón uniforme y formal—, la raíz ‘terrenal’ (*humus*) de los valores éticos; (puede) encontrarse la *hormé*, el impulso de ‘ascenso’ creador”.¹

Desde esta perspectiva, Juliana González analiza, en el segundo capítulo, el problema del ser y el valor. Los valores no son, sino que valen —establece la axiología de Scheller y Hartmann. Por su parte, la filosofía analítica nos ha advertido que no podemos transitar del ser al valor, pues con ello cometeríamos la conocida “falacia naturalista”. El valor parece constituir así un reino propio, parece quedar confinado a la creación subjetiva de quien valora en un momento determinado. De ahí el relativismo y subjetivismo axiológico de nuestro tiempo. Algo vale porque lo deseo y no lo deseo porque valga en sí mismo, tendemos a pensar.

Y ello se debe en gran medida —aclara Juliana González— a la imposibilidad de la metafísica tradicional de pensar el ser como cambio y contradicción. No hay manera, en efecto, de hacer coincidir un ser unívoco con el orden de lo cualitativo y la diferencia. Pero si, por el contrario, reconocemos que no hay más ser que el que cambia, y que el hecho de cambiar no disuelve la permanen-

¹ Juliana González, *El ethos, destino del hombre*. México, UNAM/FCE, 1996, p. 43.

cia, podemos reconocer que el ser mismo del hombre, en su condición abierta, contradictoria y tendiente a la excelencia, es fuente del valor. Pueden cambiar los valores, sin embargo, es un hecho que siempre valoramos, siempre distinguimos entre lo mejor y lo peor, prueba de ello es la historia humana. Y es en ésta precisamente en donde se encuentran los criterios “objetivos” del valor: externos a los intereses circunstanciales de quien valora. La experiencia histórica —leemos en *El ethos, destino del hombre*— da validez a ciertos criterios de valor como la paz, el uso de la razón, la solidaridad humana, los derechos del hombre, la vida despierta y consciente, la autonomía, la autarquía, las fuerzas de eros frente a tánatos, etcétera.²

Y, además de la historia, hay fuentes extrahumanas del valor. El hombre crea ciertamente los valores, pero —afirma Juliana González— no los crea en una nada. Y es que la realidad también es contradictoria, posee diferencias en su unidad, y es justo a partir de estas diferencias que valoramos y cualificamos. El hombre valora la naturaleza y aprende de ella, al grado de que la vida auténticamente ética conquista precisamente la naturalidad. De tal suerte —concluye la autora— que no sólo valoramos lo que deseamos, sino que también deseamos lo que vale.

Todo lo cual no significa en modo alguno que los valores existan independientemente de quien valora, ellos sólo existen en la medida en que alguien los crea, pero su creación implica justamente la relación entre el sujeto y el objeto, así como la relación entre el individuo y la historia. Los valores surgen de un encuentro, son relativos y situacionales —afirma Juliana González— y con ello hace una de las aportaciones más significativas de la actualidad a la axiología y a la ética.

“El *ethos* ante la vida y la muerte (Ensayos de ‘ética aplicada’)” es el título del tercer capítulo. En él se plantean varias de las cuestiones que preocupan al hombre contemporáneo: ¿en qué puede fundarse la ética profesional?, ¿es válido el suicidio?, ¿es posible dotar a la muerte de sentido o es ella un hecho incualificado que nos arrebatara toda dignidad?, ¿en qué puede contribuir el médico al “bien morir” del paciente?, ¿cuál es la relación entre filosofía y medicina?, ¿cuáles son las razones éticas contra la pena de muerte? Estas preguntas se abordan desde la perspectiva del humanismo y la concepción relativa de los valores. Juliana González destaca diferencias y cualidades en todos estos hechos y se esfuerza por precisar cuál es la manera digna de morir, de suicidarse o seguir vivo, se esfuerza asimismo por hacer ver el “progreso” en la manera de aplicar la pena de muerte en tiempos pasados y en la actualidad y, a la vez, nos da múltiples razones humanistas, éticas e históricas por las cuales esta pena es

² Cf. *Ibid.*, p. 57.

inadmisible. Resalta en este capítulo el ensayo titulado: “El *ethos* ante la muerte”, pues en él se expone de manera lúcida y aguda la sabiduría socrática y se lleva a sus últimas consecuencias la liga entre humanismo y vitalismo. “El único acto ético —dice Juliana González— que el hombre puede plantear ante la muerte es no dejarse morir. Morir ‘vivo’, trascender la muerte interior, la muerte moral. Aquí radica el absoluto vitalismo que conlleva una ética humanista”.³ De tal modo que la ética no nos capacita sólo para vivir y estar vivos, sino que (tal y como nos lo indica la docta ignorancia socrática) nos impulsa a morir de cara a la vida interior y a lo que seguirá vivo, no a la muerte y la desesperación.

El último capítulo se titula “*Ethos y anthropos*”. En él encontramos ensayos interpretativos sobre la idea del hombre y el humanismo en Platón, Freud y Heidegger. Lo significativo de esta última parte es, en mi opinión, la capacidad dialógica con que Juliana González nos aproxima a estos pensadores. Ciertamente ha hablado de ellos en otras obras, pero ahora parece encontrarlos de nuevo como si fuera casi la primera vez, destacando problemas y matices que antes no había advertido, haciéndonos ver así, lo nuevo en lo viejo.

A través de todo lo anterior, se trasluce la convicción básica que da título al libro: el *ethos* es el destino del hombre, convicción heracliteana que Juliana González lee en un doble sentido: es con la libertad, con el *ethos*, con lo que hacemos nuestro destino, pero a la vez, nuestro destino no consiste a fin de cuentas en otro hecho más que en ser libres, en abrir alternativas, vivir con dignidad y en comunicación con los otros.

Se trata pues de un libro cuyo método —se advierte ya— es la comprensión de los contrarios en su unidad y diversidad, en su armonía y lucha simultánea, sin que ninguno de estos estados llegue a triunfar. Los extremos: libertad y determinación, ser y valor, individuo y comunidad histórica, ética teórica y ética práctica, pasado, presente y futuro, vida y muerte, se unen y se separan como en la circunferencia de Heráclito en la que confluyen el principio y el fin.

Además, sobresale el carácter actual del libro: Juliana González no sólo se esfuerza por ofrecernos las notas definitorias del humanismo y dejar atrás la disyuntiva entre el objetivismo y el subjetivismo del valor, sino que además nos habla del humanismo y los valores hoy, en su posibilidad actual. Resulta en verdad significativa la conciencia de la crisis contemporánea y el hecho de que ella se enfrente desde una esperanza trágica, una esperanza que no se contenta con simplemente esperar lo mejor, sino que mira con claridad las dificultades y las acepta. Muchos son los rostros que la autora advierte en la crisis: el reino del poder por el poder, la tecnocracia, la falta de distinción entre medios y fines, el desencanto, el escepticismo y relativismo de los valores, etcétera. Sin embargo,

³ *Ibid.*, p. 117.

ella afirma: “El humanismo florece donde no se desespera del hombre, a sabiendas de su precariedad. Florece como un saber trágico, propiamente ético: cuando la gloria del hombre no hace olvidar la piedad por el hombre, por su descenso, su inercia y su enajenación”.⁴

Y hay dos cualidades de *El ethos, destino del hombre* que no puedo dejar de nombrar: la belleza en la forma de expresión y la autenticidad. Es bella la forma en que la autora nos transmite su esperanza, también lo es la manera en que habla de *eros* y de la creación del valor. Como ejemplo quiero citar un pasaje que ilustra el carácter relativo y concreto de los valores: ellos son

[...] los grandes parámetros —dice Juliana González— los puntos de referencia, los cauces dentro de los cuales fluye la vida humana en su concreción [...] ellos son como “estrellas polares” que orientan, dan dirección o sentido al “viaje” humano; pero éste se va resolviendo en su propio derrotero concreto, siempre único y aventurado, y esto es lo que justamente da vida al valor.⁵

Por último, hay tal nitidez en la intención comunicativa del libro, que lo dota ciertamente de autenticidad. Juliana González asume el humanismo como un reencuentro con lo propio del hombre: el afán de excelencia, en todo momento, el lector se ve impulsado a ese reencuentro y al final de la lectura sabe que lo ha llevado a cabo. De aquí mi único reparo (un tanto artificial, he de reconocerlo), me pregunto, ¿por qué llamar sólo al análisis del suicidio y la pena de muerte “ética aplicada”? Desde mi punto de vista, el filosofar humanista también es “ética aplicada”, si bien en este discurso no se habla de casos específicos, sí tiene una aplicación, no es meramente teórico: afecta al corazón mismo del hombre contemporáneo. Nuestro escepticismo y relativismo se ven sanamente afectados por la esperanza.

⁴ *Ibid.*, p. 40.

⁵ *Ibid.*, p. 73.